

EL FACTOR HUMANO

Los apologistas de la guerra

EN estos días de abatimiento del espíritu y holocausto de la carne, los pobladores humanos del Tercer Planeta, constante hogar de la guerra, nos vemos obligados a repensar la triste condición de nuestra especie, a medio camino entre la de las bestias y la de los dioses, como decían, con académico sarcasmo, los filósofos griegos. Porque no se trata de una guerra más sino de la "madre de las guerras", según la califica Saddam Hussein. Porque nos despedimos del espantoso siglo XX con una conflagración cuyos efectos pueden sofocar para siempre la presencia de la vida en la Tierra. Porque las tormentas de la propaganda han sepultado bajo una hojarasca de mentiras la realidad de las motivaciones. Porque lo que vemos y escuchamos en el diario y unilaterial show televisivo configura la apoteosis de lo irracional, el emcubramiento de la insanía, la humillación de la inteligencia y la sensibilidad de unos seres que se autodenominan civilizados.

Para quienes no la han experimentado la guerra es buena, sentenciaba Erasmo en su inicisivo latín: dulce bellum inexpertis. Quiero hoy referirme, precisamente, a estos apologistas de la guerra y a sus juicios sobre la excelencia y necesidad de la misma. Recordemos, para empezar, a los antiguos propugnadores de la Guerra Santa, que no es sólo la yihad islámica. Si el ángel Gabriel le sugirió a Mahoma ordenar en el Corán: "Matad a los que no creen en Alá" (Azora IV, 29), los cristianos no se quedaron atrás. San Bernardo (Elogio de la Nueva Milicia), les decía a los Templarios: "El caballero de Cristo mata conscientemente y muere tranquilo; al morir se salva; al matar, trabaja por cristo. Sufrir y matar por Cristo no tiene nada de criminal y merece una inmensidad de gloria". Para rematar, ya en el siglo XVI, Fernández de Oviedo añadía: "¿Quién duda que la pólvora contra los infieles es incienso para el señor?". Sin embargo yo no quiero detenerme en el aparente arcaísmo de estos conceptos, hijos de la pasión religiosa. Deseo en cambio ofrecer los opiniones de pensadores modernos. José de Maistre (1753-1821), un francés ultramontano, opinaba en *Las veladas de San Petesburgo*: "La guerra es casi divina en sí misma, puesto que es una ley del mundo... Es divina para la gloria misteriosa que la rodea y por el atractivo no menos inexplicable que a ella nos conduce". Los teóricos alemanes de la agresión no han sido menos encomiásticos. En 1850 von Moltke escribía: "La paz perpetua es un sueño —y ni siquiera un hermoso sueño— y la guerra es una parte del orden universal de Dios. Sin la guerra el mundo se hundiría en el materialismo". Y F. von Bernhardi, en su libro *Alemania y la próxima guerra*, agregaba: "La guerra no solamente es una necesidad biológica sino también una obligación moral y, como tal, un factor indispensable de la civilización". Existen, además, decenas de elogios que exaltan la belleza, el ludismo y la eticidad de las guerras, basándose en "el dominio espiritual de la Tierra" (Max Scheler), en la afirmación de la "personalidad del Estado" (J. Maragall) y en muchos otros argumentos, todos falaces, absurdos y, por ende, despiadados. Si los autores de los citados juicios resucitaran durante un bombardeo a Tel Aviv o Bagdad sin duda se retractarían. Entre los Estados del mundo, como advertía Benjamín Franklin, "jamás hubo una guerra buena o una paz mala". Pero esta simple verdad es aprendida una y otra vez, historia mediante, a partir de la sombra de las ruinas y no de la luz de la razón.

Daniel Vidart